

SERMON

DE

ANGUSTIAS GLORIOSAS

predicado en Granada en 1792.

Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. Propter quod placeo mihi....

IN ANGUSTIIS PRO CHRISTO.

II. Cor. 12. 9. et 10.

Yo me gloriaré de buena gana en mis enfermedades, para que habite en mí la virtud de Cristo.... por tanto me complazco en mis angustias por Cristo.

Asi habla, congreso nobilísimo, hermandad respetable, sabios y piadosos oyentes, asi habla á los fieles

de Corinto el Apóstol de las gentes S. Pablo, tratando de su rapto al cielo, de sus tribulaciones, y de la verdadera gloria de un cristiano. Y adoptando yo hoy estas mismas palabras, no dudo manifestaros con arreglo á ellas las angustias y glorias de María, á presencia de la pasion y muerte de su Hijo. Enlace verdaderamente admirable, y que solo es capaz de obrar en las almas justas la gracia y el amor de Jesucristo. Si yo hablase en esta hora á unos oyentes incrédulos de las glorias y gozo de María en el conflicto de sus angustias por Cristo, reduciria la materia á principios, y haria ver por los de fe una verdad que la escritura, la tradicion, los padres, y el espíritu mismo de la religion católica concurren á demostrar. Mientras durare la verdad de los libros canónicos, que será eterna como Dios, será asimismo indubitable que ninguno puede ser salvo sin tener conformidad con Jesu-

cristo, cabeza y exemplar de los predestinados, de cuya mayor semejanza depende su mayor santidad. Siendo pues de fe, segun S. Pablo, que este divino Salvador toleró su cruz gozoso como instrumento de su gloria, en la cual no podia entrar, como él mismo testifica, sin pasar antes por las penas; ¿cómo podrian las de María obscurecer sus glorias, ó privarla del gozo espiritual que concedió el Señor á los apóstoles y á tantas almas justas en medio de sus tribulaciones; siendo cierto que María es superior en santidad á todas las criaturas, solo inferior á Dios, y la mas perfecta imagen de su Unigénito?

¿Qué de reflexiones sólidas no podria yo hacer sobre este único principio para ilustrar las glorias de esta Madre angustiada? Mas como tengo la confianza de hablar en un templo lleno todo del espíritu y esplendor de María, y á presencia de un pueblo, cuyos mas ilustres habitantes se

glorían de esclavos de las angustias de María, me creo dispensado de formar apología de sus glorias. Límitame pues á discurrir sobre los motivos de ellas, y juntamente sobre sus penas; doble objeto que presenta á los ojos de nuestra fe la augusta escena del Calvario. Con arreglo á este plan manifiesto en primer lugar lo incomparable de sus angustias; y en segundo lo inenarrable de sus glorias; dos reflexiones breves, objeto de vuestras atenciones y de mis endeblés conatos. Animad, ¡ó Dios! mis palabras, para que pueda dignamente hablar de vuestras misericordias: dadnos á todos un corazon dócil para aprovecharnos de vuestra doctrina, y una gracia victoriosa, que triunfando de nuestras pasiones, renueve hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. A este fin imploramos la proteccion de vuestra Madre y nuestra María santísima. Saludémosla con el ángel. *Ave Maria.*

Libenter igitur &c.

Por poco que reflexemos sobre la tragedia del Calvario, conocerémos fácilmente lo incomparable de las angustias de María, ya sea atendiendo á su carácter de Madre del Crucificado, ya al de Jesucristo, que padece, ó ya á nosotros mismos, por quienes padece. Baxo cualquier aspecto que se mire, siempre será constante la sentencia de S. Agustin; conviene á saber, que ni la lengua puede explicar, ni la mente comprender la angustia de María en estas circunstancias.

La escritura y la experiencia misma estan de acuerdo, que el amor de una madre es el mas tierno y afectuoso que se conoce sobre la tierra (oxalá no fuese á veces inmoderado é indiscreto). De aqui se sigue por

una consecuencia necesaria, que si por el amor se ha de comensurar el dolor, fue el de María imponderable. ¿Que-reis conocer su amor, dice S. Ambrosio? considerad que es Madre, Madre Virgen, Madre sola, Madre sin obra de varon, Madre de un solo Hijo, pero de un Hijo infinitamente perfecto, todo apreciable, todo apetecible, todo amable. La angustia pues que la oprimia era á proporcion del amor que la abrasaba. Yo siento, decia el real Profeta, yo siento y compadezco tu muerte, hermano mio Jonatás, porque te amaba como una madre ama á su hijo único. Su amor virginal pues era la medida de su dolor, y siendo aquel incomprehensible, debia serlo éste asimismo; porque es necesario, dice S. Agustin, que hiciese en el alma tanta impresion el dolor, quanto habia en ella penetrado el amor de Jesucristo: de donde se sigue, añade este padre, que fue la que mas padeció, porque fue la que mas amó.

Venció al sexó; dice S. Gerónimo, venció al hombre, padeció sobre la humanidad, sintiendo mas tormentos en su imaginacion, que si los sintiera en su cuerpo; porque amaba incomparablemente mas que á sí misma al objeto de su compasion.

No extrañeis pues exclame con Jeremías: ¡ó vosotros todos, viageros de este valle de lágrimas! ¿habeis visto un dolor semejante á mi dolor? ¿Habeis visto al amado de mi alma? ¿Cuál es tu morada, dulce dueño de mi corazón, en el medio día de mis penas?... ¡O hijo de mis entrañas! ¡ó si se me concediera que muriese yo por vos, para no sobrevivir privada de vuestra luz! Yo te amaba tiernamente como Madre, y por tu muerte me hallo convertida en un mar de angustia y de afliccion. ¡O Padre Eterno! la luz de mis ojos ha desfallecido, y ya no está conmigo.

Hé aquí un bosquejo de la tribula-

cion y pena de María, atendiendo puramente su carácter de Madre. ¡Pero cuánto no debió crecer su angustia, atendida la calidad del Hijo que padece á su vista, y las circunstancias de su muerte! Este augusto personaje es el Unigénito de Dios, engendrado por su Padre celestial antes del astro de la mañana, viva imagen de su divinidad, Dios verdadero, de verdadero Dios, en todo igual y consubstancial al Padre, y Unico Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de esencia y trinidad de personas, que movido de su amor á los hombres, y por nuestra salud descendió del cielo sin dexar el seno de su Padre, á obrar nuestra redencion eterna. Este Dios grande, á quien vió el real Profeta alzado Monarca sobre la montaña santa de Sion, exerciendo su dominacion de uno á otro mar, desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodía, y recibiendo homenajes de todos los soberanos, de todas

las naciones, de todos los pueblos: este, á cuya presencia tiemblan y se estremecen los abismos; el que destronca poderosamente los cedros del Líbano, el que conmueve los desiertos de Cadés, y destruye á los fuertes y robustos de Moab; este Dios vencedor del Faraon de los egipcios, del Dagon de los filisteos, de la Diana de los efesios, del Júpiter de los griegos y romanos; del Confucio de los chinos, del Netyn, Endovelico y Salombona de nuestros antiguos españoles: este es el Dios escondido que anunció á los mortales un profeta, sacrificado en esta hora al furor de sus enemigos, al poder de las tinieblas, y á la justicia de su Eterno Padre: este Dios hombre desconocido de los mortales, que muere por su amor á ellos, es el que por un milagro superior á sus mas grandes milagros se abate á sí mismo en esta hora, se anonada, se humilla hasta la muerte, entregándose voluntariamente en manos de sus enemigos, que

como lobos hambrientos se apoderan de la inocente presa que con tan vivas ansias habian perseguido.

Avivad vuestra fe por un momento, para formar justa idea de las penas de vuestro Redentor y de las angustias de María. Contemplad, os ruego, á esta afligida Madre al pie de la cruz del Salvador, donde ha bebido la pasion, agotado el cáliz, y está como embriagada con un torrente de amargura. Privada de la vista de su Hijo, su Dios y su Hacedor, viuda de su Esposo, huérfana de su Padre, registra con amargura los lugares del Calvario, viendo en todos ellos cubierto de oprobrio y de ignominia al dulce imán de sus afectos: ligado como un facineroso el libertador de Israel, que es por esencia la fortaleza misma: conculcado y despreciado el excelso sobre todas las gentes; sin especie ni hermosura el mas hermoso entre los hijos de los hombres; azotado cruelmente, y vestido á lo ridículo el Rey de los re-

yes, y Señor de los que dominan; coronado de espinas el que tiene por centro la virtud; vestido como rey de burlas con una caña en sus manos el Ungido de Dios con el óleo de la alegría; oprimido baxo un duro leño el que sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra; crucificado entre dos ladrones el autor de la vida; oscurecidos sus ojos, desfalleciente el ánimo, las fuerzas fugitivas, abierto su costado, cubierto de inmundas salivas, clamando en altas voces á su Padre por el desamparo en que se halla, inclinada la cabeza, derramando en fin por sus heridas la sangre en abundancia hasta la tierra.

¿Qué os parece, señores, de las angustias de María en estas circunstancias? ¿Hay dolor comparable á este dolor? ¿será necesario para persuadirlo comparar esta aflicción á la de Agar egipcia, temerosa de la muerte de Ismael? ¿á la de la madre de Moyses, exponiendo la vida de éste á las

corrientes del Nilo? ¿á la de Jacob por la muerte aprehendida de Josef? ¿á la de Respha mirando á sus dos hijos suspendidos? ¿á la de David por la muerte de Absalon, ó por la que-
ma de Siceleg? ¿á la de Ana por el oprobrio de su esterilidad? ¿á la de Rachel ó de Noemí por la muerte de sus hijos? ¿Mas quién no ve que todas estas angustias, aunque grandes, no son comparables á las de María, distando tanto de ellas en su principio y en su objeto, cuanto difieren entre sí las criaturas y su Criador, los pecadores y el impecable por esencia, la culpa en fin y la santidad?

¿Pues qué si á esto se agregan las circunstancias de su muerte, maquinada y executada por su pueblo escogido, á quien sacó de la dura esclavitud; á quien milagrosamente mantuvo en el desierto por espacio de cuarenta años; á quien estableció en la tierra de promisión, distinguiéndole entre todas las naciones del mundo; á

quien colmó en fin de beneficios, sanando sus coxos y tullidos, curando sus ciegos y enfermos, resucitando sus muertos? Nada digo de la angustia de María al verse desamparada de todos sus amigos, y que los apóstoles, testigos de sus mas grandes milagros, que han visto sobre el Tabor los resplandores de su gloria; los apóstoles, que han oido sobre el Jordan la voz del Padre celestial, que le declaró Hijo suyo muy amado; los apóstoles, á quienes ha hecho participantes de su Cuerpo y Sangre; los apóstoles, sus amigos mas íntimos, uno le vende, otro le niega, y todos huyen al tiempo de la tribulacion y del oprobrio.

Si, dulce Madre mia; herido el pastor, es consiguiente la dispersion del rebaño, conforme al oráculo de un profeta; y vos no hallaréis con quien dividir las penas, ni quien os consuele sobre la tierra, porque los mismos por quienes padece y muere

Menos todo de amor vuestro adorable Hijo, por un prodigio de insensibilidad, de dureza y de ingratitud, aumentarán en esta hora vuestra amargura. Dios, que quiere haceros la mas perfecta imágen de su Unigénito, enviará á vuestro corazon mas plagas que al Egipto. Entre los hijos mismos de vuestro dolor vereis á unos desertando abiertamente de la fe y de la moral de Jesucristo; á otros sembrando en el campo de la iglesia la cizaña, el error y la mentira; á otros persiguiendo y desacreditando con teson á los ministros del santuario y legados de Jesucristo; á unos llenos de ambicion, de orgullo y de soberbia, despreciando la sencillez cristiana, la mansedumbre y humildad de Jesucristo; á otros afeando su iglesia con impurezas, usuras, monopolios, y abandonando con lujo y con vanidades la modestia y moderacion que tanto nos recomienda Jesucristo; hombres sin humani-

dad, sin afeccion, sin caridad: injustos, avaros, blasfemos, escandalosos, desapiadados, irreligiosos, murmuradores, sacrílegos, sin amor á Jesucristo ni al próximo; á otros..... ¿Mas para qué me canso y os molesto? Veréis que siendo todos llamados, serán pocos los escogidos, y que bastando cualquiera gota de esta adorable Sangre para redimir á innumerables mundos, serán muy pocos los que quieran aprovecharse de ella, despreciando la gracia é inspiraciones de Jesucristo.

Ahora pues entiendo con el Doctor máximo, por qué la iglesia ilustrada del Espíritu Santo llama á nuestra Madre *Reyna de los Mártires*. Los demás santos, dice este padre, han padecido por Cristo en su carne; pero al alma, que es inmortal, no han podido tocar los tiranos: estaba reservada á María la crucifixion del espíritu, y por espiritual fue mas atroz su angustia, mas penetrante la espa-

da que atravesó su alma, y María por consiguiente mas que mártir. Tanto es y tan incomparable la afliccion de esta tierna Madre á presencia de la pasion y muerte de su único Hijo, y de la ingratitud del hombre, por quien muere lleno todo de su amor.

II. Pero, ¡ó mi Dios! ¿á qué fin estas imponderables angustias de vuestra inocente Madre en vuestros eternos designios? Yo me atrevo á decirlo, señores: para su mayor conformidad con Jesucristo, y para que participase mas abundantemente que todos los justos, no solo del amargo cáliz de su pasion, sino de la gloria y trofeos de su Redentor en este momento. Hé aqui una verdad constante y apoyada sobre los oráculos mas decisivos de la santa escritura, que solo se atreverá á negar el que mire la Cruz del Salvador como locura, como necedad, como escándalo, oprobrio é ignominia, á imitacion de los judíos y gentiles, y no como gloria

segun el espíritu de la religion, y el idioma de los libros santos. Yo dexo de proponer los lugares, porque hablo á un pueblo instruido, en cuyo corazon leo grabadas las verdades que ellos testifican. Conténtome pues con proponer brevemente los inefables motivos de gloria y gozo espiritual, que fueron en María inseparables de su angustia.

Si quisiera extenderme sobre la materia, ¿qué no podria decir sobre su gloria y gozo al considerar la ilustre y completa victoria de su Hijo sobre todas las potestades infernales, al ver arrojado del mundo, y ligado en el abismo el príncipe de las tinieblas, y establecido el eterno imperio de la Cruz? ¿Qué de su gozo al ver confundida la sabiduria de los filósofos, enmudecidos los oráculos del paganismo, deshecha la sinagoga, abolidas las ceremonias y sacrificios legales, el sacerdocio antiguo suprimido, el evangelio subrogado á la ley de

Moyses, un nuevo órden de cosas mas recomendable, mas santo, un templo mas augusto, un pueblo mas fiel, sacramentos mas eficaces, ceremonias mas nobles, gracias mas abundantes? ¿Qué no podria añadir de la gloria y gozo que le resultaba al ver satisfecha la justicia del Padre, reconciliado el cielo con la tierra, y redimido el género humano?

Baste decir que solo por este respeto toleró el Hijo de Dios su cruz gozoso, considerándola como medio indispensable para conseguir la gloria de Redentor, que constituye su mayor exáltacion en quanto Hombre; y que María con el mismo designio hubiera contribuido á su pasion en caso necesario, como dice un padre de la iglesia, para que ni él quedase defraudado de tanta gloria, ni el género humano sin Reparador. Por esta causa la hace decir el abad Ruperto: aunque deseaba mucho que no muriera mi Hijo, deseaba mas la salud del

hombre. ¿Sabeis por qué, señores? Porque en esto se cumplia la voluntad del Padre Eterno, en que conciben los justos su mayor complacencia, y porque asi conquistaba Jesucristo su mayor gloria. María pues, que le habia sido fiel é inseparable compañera en la pasion, debia participar de sus ventajas gloriosas, viéndole desde la cruz atraer á sí todas las cosas, y reunir baxo de su fe la Grecia ingeniosa, al Egipto misterioso, la Persia sensual, la altiva Roma, la Scitia bárbara, la India feroz.

¿Qué gloria, qué complacencia, qué gozo, qué alegría espiritual no inundaria el corazon de María al considerar la próxima resurrección del Salvador, que debía llenar de gozo universal los cielos y la tierra! ¿Qué complacencia al contemplar la venida del Espiritu Santo á ilustrar y confirmar el corazon tímido de los apóstoles, para que llevasen con fortaleza irresistible su angusto y adorable

Nombre por todo el universo! ¿Qué gloria al considerar la iglesia de Jesucristo fundada sobre esta piedra angular, que antes habian reprobado los judíos! Y si al cielo resulta tanta alegría de la conversion de un pecador, de la conquista de un alma, que excede á la que causan todos los justos, segun la expresion de la escritura, ¿qué gozo no concebiria nuestra Madre al considerar el celo de los apóstoles despues de la venida del Espiritu Santo, la constancia de los mártires, el amor de los confesores, la pureza de las vírgenes, la exáltacion del Salvador por todas las naciones y de todos los siglos? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María, durante la angusta escena del Calvario que los producía.

Es pues constante, señores, que las angustias de María son una especie de prodigio, donde no se sabe qué cosa sea mas digna de admira-

cion, si la afliccion que causaban en su alma, ó la gloria y gozo que de ellas le resultaba. Veneremos pues con sumision los ocultos juicios de Dios, que para nuestra edificacion y enseñanza nos presenta tan raro exemplar de conformidad con Jesucristo, para que reconociendo haber sido nosotros mismos la causa de su amargura y de sus penas, y que mientras mas aceptos á Dios, debemos ser mas acrisolados en el fuego de la tribulacion, cuando nos hallemos mas oprimidos de la mano del Señor, clamemos con Maria, con S. Pablo y demás justos, de buena voluntad me gloriaré en mis enfermedades y trabajos para adquirir la virtud de Jesucristo, y me complaceré en mis angustias por este divino Salvador: *Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. Propter quod placeo mibi..... in angustiis pro Christo.*

Augusta y soberana Patrona, con-

suelo nuestro, refugio nuestro, dulce esperanza nuestra, desde el alto solio á que os elevó vuestra conformidad con Jesucristo en sus trabajos, echad una mirada favorable sobre los hijos de vuestros dolores, que claman por la remision de sus pecados confiados en vuestra proteccion. Conocemos nuestros crímenes, origen de vuestras penas: los detestamos á presencia de los ángeles de paz, custodios de vuestro templo: deseamos sinceramente vuestra reconciliacion: sed vos nuestra medianera para con Jesucristo, cuyo agusto y adorable Nombre sea ensalzado en los cielos y en la tierra. Amén. DIXE.

HOSES ROMANI

los apóstoles, por un efecto de gra-
 profesor de la Iglesia universal, si
 de la nobleza y cultura de
 que propio es de un príncipe del